

El rol de los medios de comunicación en el golpe de Estado a Yrigoyen, 1928-1931

The Role of the Media in the Coup d'état against Yrigoyen, 1928-1931

Matías Sebastián Blasco*

RESUMEN

El 6 de septiembre de 1930 se produce en la Argentina el primer golpe de Estado de su historia. En este trabajo intentaremos comprender y analizar el rol que tuvieron en la preparación de dicho golpe los medios de comunicación y cómo respondieron diversos sectores sociales a dicha campaña mediática. Utilizaremos el trabajo del sociólogo Alain Rouquié para analizar el contexto sociopolítico y también el de Ernesto LaClau, lo que nos permitirá comprender cómo, desde la prensa, se desarrolló un discurso golpista que identificaba al gobierno democrático de Yrigoyen como la raíz de los problemas de amplios sectores sociales, *a priori* desconectados pero que, tras el éxito del mensaje mediático, logran construir la imagen de Uriburu como "significante vacío" o solución. Tras analizar diversos artículos de la prensa de la época, concluimos que la estrategia mediática logró su propósito, ya que los tradicionales sectores de apoyo a las políticas y gobiernos radicales no acudieron a la defensa de la democracia, quedando a merced del accionar militar.

Palabras clave: medios de comunicación, golpe de Estado, yrigoyenismo, Argentina.

ABSTRACT

On September 6, 1930, the first coup d'état in Argentina's history took place. In this paper, we will try to understand and analyze the role that the media played in the preparation of the coup and how different social sectors responded to the media campaign. We use sociologist Alain Rouquié's work for socio-political context analysis and Ernesto Laclau's understanding of how the

Keywords: media, coup d'état, yrigoyenism, Argentina.

* Argentino. Profesor en Historia, académico e investigador, Universidad de Morón (UM), Argentina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1556-184X>. E-mail: blascomatias89@gmail.com

press helped expand coup- related that identified Yrigoyen's democratic government as the root of broad social problems, a priori disconnected. Still, after the media outcry's success, the image of Uriburu as an "empty signifier" or solution is constructed. After analyzing various articles in the press at the time, we conclude that the media strategy achieved its purpose since the traditional sectors of support for radical policies and governments did not come to democracy's defense and left it at the mercy of military action.

El propósito de esta investigación es comprender el rol de los medios de comunicación desde la segunda presidencia de Yrigoyen hasta la concreción del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. En este contexto, es necesario identificar la percepción de los diversos actores sociales frente a las políticas del caudillo radical; el papel de la prensa respecto del descontento social como promotor de un clima de desestabilización y su rol en la construcción de la figura de Yrigoyen como enemigo común y de Uriburu como un “salvador”. Por último, cabe comprender el rol de las Fuerzas Armadas y el grado de adhesión de los sectores populares o civiles a la movilización golpista. Lo anterior, creemos, podría dar luces respecto de la eficacia de los objetivos propagandísticos de la prensa durante este periodo.

Resulta fundamental conocer la relación entre los medios de comunicación y los poderes fácticos en cuanto a la influencia que ejercen en la opinión pública, tanto a partir de su línea editorial como en función de sus objetivos políticos y/o empresariales. En efecto, analizar cuál fue su papel en la preparación del primer golpe de Estado en la Argentina y evaluar cuán hondo penetró su exposición o discurso en los diversos sectores populares, y cómo lograron unificar y potenciar las demandas en torno a un “enemigo común”, resulta de suma importancia para comprender los alcances de la influencia de los medios en la política.

La “Revolución septembrina del 30”, denominada así por los promotores del golpe, ha sido analizada en diversos trabajos y desde diferentes corrientes historiográficas. Sin embargo, esta investigación busca comprender el trasfondo de la creación de un enemigo común por parte de la prensa y cómo esta abordó las demandas sociales para unificarlas contra el gobierno. Ahora bien, las primeras aproximaciones al estudio de este proceso las podemos situar con la contemporánea Escuela Revisionista, la cual, si bien es muy heterogénea en cuanto a sus diferentes autores, postula, desde sus principales exponentes como los hermanos Irazusta (2004) y sobre todo José María Rosa, una postura poco crítica y más panegirista del golpe, minimizando totalmente el accionar militar y señalando como principal determinante del proceso a la incapacidad de Yrigoyen:

“A Yrigoyen no lo sacó nadie. Se derrumbó solo, porque la vejez y la declinación mental extremaron sus defectos. Porque —bien lo

sabía al no querer la presidencia en 1916— era un caudillo y no un gobernante. Y el yrigoyenismo desapareció porque, como sucede a todos los caudillos, ni supo educar discípulos” (Rosa, 1976: 315).

José Luis Romero (2007) analiza el golpe desde una óptica más ideológica. En este sentido, se explica menos por la inoperancia de Yrigoyen que por la profusión de las ideas nacionalistas expresadas desde un sector de la intelectualidad que comienza a difundir estas ideas, como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. En cuanto a su postura, no logra articular cómo ese contexto de nueva base ideológica se articula con las demandas sociales.

Si bien el trabajo de Alberto Ciria (1975) no realiza un análisis minucioso de las razones o el contexto del golpe, sí lo hace respecto de antecedentes del advenimiento del peronismo. Años más tarde se publicó el trabajo de Robert Potash (1994), un trabajo muy completo en líneas generales y en el desarrollo del contexto, pero que, en cuanto a las causas del golpe, le da primacía al estudio de las relaciones entre el gobierno radical y los diversos sectores militares y cuáles fueron los descontentos del sector menos favorecido por la intromisión política radical en las FFAA. En 1975 se publica en inglés la primera edición del trabajo de David Rock (1993), en el que podemos ver que el factor determinante para la concreción del golpe y para provocar la debilidad y la ruptura con la sociedad del gobierno de Yrigoyen provino principalmente de la crisis económica mundial. Posteriormente, algunos autores matizan esta postura, ya que el impacto económico de la crisis no había golpeado tan fuerte aún como para ser el factor determinante del golpe. Por su parte, Cristian Buchrucker (1987) realiza un análisis de los orígenes y consecuencias del nacionalismo uriburista en la Argentina, pero no trata puntualmente sobre las causas y acontecimientos del golpe.

El objeto de estudio del trabajo de Alain Rouquie (1994), al igual que el de Potash, es analizar las relaciones entre el gobierno y los sectores militares, examinando los reclamos de diversos sectores sociales, las causas de la debilidad interna del radicalismo desde la ruptura entre personalistas y antipersonalistas, las teorías que dan primacía a los problemas internacionales del sector petrolero por la nacionalización de los hidrocarburos por YPF y aquellas focalizadas en los problemas provocados por la crisis económica mundial. Waldo Ansaldi (1982) realiza un interesante análisis de las causas del golpe, su idea central

plantea que la burguesía fue incapaz de formar hegemonía (en términos gramscianos) debido a la imposibilidad de articular sus diversos intereses, por ser antidemocrática, por delegar esa función a las instituciones corporativas y fuerzas armadas y por tornarse paternalista y elitista, cuya expresión se reflejó en el fraude y las restricciones electorales. A pesar de que el radicalismo poseía un cierto control y dominio en la sociedad argentina, su gran heterogeneidad hizo que este grupo dominante se tornara incapaz de dirigir al país, sumado a la incapacidad de las clases subalternas para construir un sistema hegemónico alternativo. Todo esto conllevó a la no concreción de un nuevo pacto social democrático y a la opción, desde la elite política y económica, de un golpe de Estado.

Posteriormente encontramos interesantes trabajos centrados en temáticas que abordan tangencialmente el objetivo de esta investigación, como el de Luciano de Privitellio (1997), que si bien menciona algunas de las causas del golpe, su objeto de estudio se centra en el ascenso del justismo por el uriburismo. El trabajo de Fernando Devoto (2002), que va en la misma dirección, solo menciona algunas causas del golpe, pero estudia principalmente la progresiva debilidad de la facción uriburista. También debo mencionar el trabajo de Federico Finchelstein (2002) que, en línea con esta investigación, se propone estudiar la fabricación del “mito” uriburista pero en los años posteriores al golpe, para entender también la aparición de diferentes variantes del nacionalismo argentino. Joel Horowitz (2015) se interesa principalmente en las relaciones entre el movimiento obrero y los gobiernos radicales, ambos de Yrigoyen y el de Alvear. Se puede encontrar una buena descripción y análisis de las debilidades internas de la segunda presidencia de Yrigoyen debidas a la ruptura con el sector alvearista.

Tulio Halperín Donghi (2004) realiza un estudio del tema centrado principalmente en las consecuencias del golpe. Al igual que los trabajos mencionados, buscaba comprender qué facciones nacionalistas fueron favorecidas por la interrupción democrática:

“Alguien decía que los hombres hacen la historia pero no saben qué historia están haciendo (...) habitualmente creen saber qué consecuencias tienen las acciones que ejecutan. Lo característico de la revolución del 30 fue que quienes la realizaron no sabían de antemano cuál iba a ser el resultado” (Halperín Donghi, 2003: 5).

En la misma línea del análisis de las consecuencias va el trabajo del divulgativo Félix Luna:

“..si alguien hizo una revolución para beneficios de otros, ese fue el General José Félix Uriburu. No fue sino un instrumento de la astucia política de los conservadores y sobre todo, de Justo. No logró nada de lo que se había propuesto. Debió resignarse a dejarse rodear por quienes estaban en las antípodas de sus ideales. El hombre a quién íntimamente admiraba, De la Torre, terminó siendo su oponente y de hecho muchos jóvenes de ideología fascista que lo acompañaron en las vísperas de la revolución fueron derrotados” (Luna, 1992: 32).

Si bien existe una gran cantidad de trabajos relacionados con el periodo, no ha sido posible encontrar alguno que logre articular las demandas de los diversos actores sociales con el rol que tuvo un gran sector de la prensa que respondía a los intereses golpistas. La mayoría de los autores mencionan las causas del golpe, pero no cómo se fue construyendo la figura de “salvador” de Uriburu. Solo contamos en esta línea con el trabajo de Finchelstein, pero que no analiza cómo la prensa exaltó su imagen en contraposición de una virulenta campaña política contra Yrigoyen para lograr la adhesión popular o el apoyo de la opinión pública hacia una salida golpista.

Debemos comprender que se trata del primer golpe de Estado exitoso: no había antecedentes y, desde todos los sectores, había muchas dudas y temores. No sola prensa escrita realizó esa campaña de desprestigio hacia el caudillo radical y de apoyo hacia Uriburu, lo que también podemos visualizar en revistas como *Caras y Caretas* que tenía amplia difusión en la época. También otros sectores artísticos, no solo la intelectualidad nacionalista, crearon un clima favorable o de apoyo al golpe, pudiéndose mencionar incluso el tango de Carlos Gardel titulado *¡Viva la Patria!* dentro de esta corriente, pues hace eco de las críticas a Yrigoyen y exalta los valores de la patria y de la “Revolución”¹.

Es posible aseverar que el golpe de Estado no contó con un apoyo mayoritario del sector militar, pero sí de los sectores civiles. Ese apoyo

1 Gardel, C. (1930). Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=hmw3_qV-SIt8, revisado el 24-VII-21.

popular estuvo inicialmente identificado con los sectores más pudientes de la derecha y los jóvenes universitarios; luego, desde los sectores populares que no acudieron en defensa de la democracia. Hay discrepancias entre los autores en cuanto al apoyo popular del golpe. Para Marianne González Alemán (2007), el golpe terminó siendo puramente militar, llevado a cabo por un sector descontento con la democracia liberal y considera que la actuación popular fue un mito propagandístico de la época. En la misma línea va Ezequiel Adamosky, en su excelente libro sobre la clase media en la Argentina:

“Promovido por una coalición de nacionalistas y conservadores y con el apoyo activo de las clases altas, en septiembre de 1930 un golpe militar interrumpió el segundo mandato de Yrigoyen. El general José F. Uriburu, de ideas fascistas, tomó el poder bajo la excusa de que el gobierno civil había perdido la confianza de la ‘opinión pública’” (2012: 77).

Por otra parte, autores como Potash y Rouquié mencionan que sí se logró la adhesión popular al golpe y describen los sectores que tuvieron preeminencia. Claro está que no todos los sectores lo apoyaron, pero el no apoyo o defensa de la democracia y la sumatoria a los militares que se mantenían fieles al *status quo*, debido a diversas razones, que van desde el miedo hasta el mal accionar del gobierno, evidencian que no se optó en contra del golpe, sino más bien a favor. En este trabajo intentaré demostrar aquello, analizando cómo la prensa logró su objetivo y volcó a la opinión pública contra el gobierno de Yrigoyen, desde la articulación de las demandas sociales en torno a la figura de un líder.

Utilizaremos el trabajo del sociólogo Alain Rouquié en cuanto al desarrollo político y de contexto, ya que, de todos los autores consultados, es el que más se acerca hacia un análisis totalizador y multicausal del proceso. En cuanto al análisis de la labor que realiza la prensa, haremos uso principalmente los trabajos de Noam Chomsky² que, si bien parten del análisis de dichos medios de comunicación en los Estados Unidos, podemos entender que, salvando las distancias temporales y tecnológicas, el funcionamiento o aspiración de los medios en

2 Chomsky y Herman (1990), Chomsky (1992; 1995).

las décadas de 1920 y 1930 no era muy diferente en la Argentina. No es casual el poder de la propaganda en el país durante estas décadas, lo que coincide con lo mencionado por Chomsky, al aludir a las ideas de Walter Lippman en *Public Opinion* de 1922, esto es, que desde los años 20 la propaganda se fue transformando en un “regulador del gobierno popular” y que desde la Primera Guerra Mundial la complejidad técnica, tecnológica y su importancia no cesará su avance, pudiendo marcarse en este contexto el inicio de la propaganda científica (Chomsky, 1995: 5).

Los medios de comunicación tienen varias estrategias; por ejemplo, el debate, ya que da una máscara de democracia y, si bien algunos medios responden a los mismos objetivos, se inserta este debate:

“..no se puede silenciar el debate, y de hecho, en un sistema de propaganda que funcione adecuadamente, no debería silenciarse, puesto que si queda constreñido a unos límites adecuados tiene una naturaleza que sirve para reforzar al sistema. Lo que resulta esencial es establecer los límites con firmeza. La controversia puede imperar siempre que se adhiera a los presupuestos que definen el consenso de las élites, y lo que es más, debería fomentarse dentro de estos límites, colaborando así al establecimiento de estas doctrinas como la condición misma del pensamiento pensable y reforzando al mismo tiempo la creencia de que reina la libertad” (Chomsky, 1992: 65).

Esto fue lo que sucedió en la Argentina de la década de 1920, pudiendo evidenciarse en las diferencias ideológicas y los debates de la prensa escrita, que estaba motivada por dos concepciones diferenciadas de la prensa de la época: una más moderada, que aceptaba el sistema democrático liberal, en la que destacan *La Nación* y *Critica*, y la otra más extremista, que despreciaba el sistema democrático y que planteaba la sustitución por un régimen de índole corporativa, donde destacan *La Fronda*, *La Nueva República* y *Crisol*. A pesar de ello, el objetivo era el mismo: derribar al gobierno de Yrigoyen³.

3 Este análisis de las diferencias ideológicas escapa a este trabajo, pero puede consultarse en Tato (2001), donde se analizan los cambios ideológicos de los periódicos *La Fronda* y *La Mañana*; ver también Saitta (1998).

En resumen, el trabajo de Chomsky intenta explicar que los medios de comunicación responden a los intereses de quienes los financian: finalmente, intereses empresariales y políticos; por lo tanto, intentan manipular la opinión pública para que apoye sus objetivos.

“Los medios de comunicación de masas actúan como sistema de transmisión de mensajes y símbolos para el ciudadano medio. Su función es la de divertir, entretener e informar, así como inculcar a los individuos los valores, creencias y códigos de comportamiento que les harán integrarse en las estructuras institucionales de la sociedad. En un mundo en el que la riqueza está concentrada y en el que existen grandes conflictos de intereses de clase, el cumplimiento de tal papel requiere una propaganda sistemática” (Chomsky y Herman, 1990: 21).

En cuanto a la articulación de las diferentes demandas de distintos sectores sociales y la construcción de un “enemigo” y un “salvador” que actúe como “significante vacío”, utilizaré el modelo teórico de Ernesto LaClau (2014) que, posteriormente, se utilizará en el caso concreto desde la explicación del contexto político social, principalmente a partir de las demandas aisladas de los diversos sectores y cómo la prensa logró articularlas.

En *La razón populista*, LaClau intenta analizar el populismo para rescatarlo del lugar donde lo han colocado los estudios tradicionales, proponiendo un análisis desde otra perspectiva y aportando nuevos conceptos sobre la formación del “pueblo” y de la lógica tras la cual se elabora el populismo, poniendo atención a las condiciones sociales a las que responde. La incapacidad de los análisis tradicionales para dar una respuesta plausible llevó a interpretar el populismo como un fenómeno de anomalía política y a la constante identificación con la vaguedad, es decir, con la carencia de significado o vacío. Pero LaClau se pregunta si en ese mismo concepto de “vaguedad” no subyace su propia lógica y el modo específico de construir lo político. LaClau también hace una revisión del pensamiento de Le Bon, Taine y Freud, quienes habían estudiado el comportamiento colectivo y la formación de identidades desde la psicología social o colectiva. El proceso fundamental de la formación de las identidades colectivas será más por la identificación derivada de una hostilidad mutua hacia un objeto que por sectores o clases sociales. Por lo tanto, el populismo es una forma

de construir una identidad social, que no responderá a una identidad particular, sino que pueden existir múltiples identidades que se condensarán en un discurso, en símbolos e imágenes aglutinantes:

“Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía. Y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es (...) un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable” (LaClau, 2014: 95).

Con base en esta explicación, LaClau elabora el modelo por el cual se dota de lógica al populismo:

- a) Aparece una “demanda social”, la cual se da de forma aislada y “democrática”. Como, por ejemplo, la demanda por falta de algún tipo de servicio.
- b) Al no recibir soluciones a esas demandas democráticas, se produce una acumulación de demandas, lo cual llamará “demandas heterogéneas”⁴.
- c) El grupo que debería solucionar las demandas o reclamos (sea el que brinda el servicio o el Estado, el cual, si no se constituye desde el principio como foco de los reclamos, se torna en culpable tras agravarse la situación de no respuesta por parte de un privado) de forma aislada no lo hace y pierde el foco del problema; comienza a perder la capacidad de distinción del origen del problema.
- d) Se divide la sociedad; se produce el antagonismo entre grupos y se externaliza al grupo que debería dar respuestas (instituciones, Estado, particulares o el *statu quo*).

Dado que los vínculos entre dichas demandas son diferenciales, solo pueden ser equivalentes, por lo tanto, si la cadena de equivalen-

4 Esto sucede siempre y cuando no se resuelvan las demandas democráticas; en una sociedad en la que se resuelven todas las demandas no hay política, pues la política adviene cuando las demandas sociales chocan con un sistema que las niega, y aparecen distintos proyectos que disputan por articularlas (LaClau, 2005). En cuanto a esto, este autor postula que “el destino del populismo está ligado estrechamente al destino de la frontera política; si esta última desaparece, el ‘pueblo’ como actor se desintegra” (LaClau, 2014: 117).

cias llega a su máximo punto y se encuadran en torno a un *significante vacío* se significará en un nombre. Por lo cual, se articulan las demandas y se transforman en “populares” tras el aglutinamiento por parte de un discurso totalizador y en la figura de un líder investido de afecto⁵.

“La construcción del ‘pueblo’ va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social —por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente—, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de ‘pueblo’” (LaClau, 2014: 113).

Por lo tanto, queda expreso que del momento equivalencial o articulador se construye una unificación de una pluralidad de demandas. Cuanto más heterogéneas sean, más autónoma será la construcción del pueblo respecto de esas demandas. El fundamento será el nombre.

Análisis e interpretación de los descontentos sociales

La segunda presidencia de Yrigoyen comenzó el 12 de octubre de 1928, tras haber ganado las elecciones celebradas en abril de ese mismo año. El presidente contaba por ese entonces con 76 años de edad y, ya antes de la elección, nos encontramos con una Unión Cívica Radical dividida entre los partidarios yrigoyenistas y los antipersonalistas. Tanto la edad del presidente como las divisiones internas del partido provocaron cierta imagen de debilidad que fue aprovechada por quienes querían desalojarlo del poder. Existían dos estrategias para este fin: la primera, la “legalista”, encabezada por el general Agustín P. Justo, que planteaba debilitar a Yrigoyen tras la unión de todo el espectro político opositor para exigir, tras derrotas electorales, su renuncia. La otra postura, la “de la hora de la espada”, se fue formando desde sectores intelectuales nacionalistas antidemocráticos que difundieron sus ideas en la prensa. Podemos mencionar en este grupo a Leopoldo Lugones, los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, Francisco Uriburu, entre otros, que terminaron siendo la base de apoyo y de expansión de ideas para el movimiento golpista del general Félix Uriburu. Estos “nacionalistas” profesaban desde sus diarios *La Fronda* y *La Nueva República* que,

5 “Pero la forma extrema de singularidad es una individualidad. De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder” (LaClau, 2014: 130).

para pensar en la posibilidad de una revolución, era necesario primero crear el ambiente revolucionario y que el ejército, “única fuerza sana en una sociedad contaminada por el virus democrático”, tenía que ser su brazo ejecutor (Rouquié, 1994: 187).

Nos dice Irazusta en 1930:

“El país puede confiar en sus ejércitos de mar y tierra, pues son quizá las únicas instituciones del Estado que la podredumbre de éste no ha podido descomponer. Se puede confiar en los militares porque su carácter y su formación constituyen el valor más sólido con que cuenta nuestra sociedad” (*La Nueva República*, 28-VI-1930).

Las raíces de la oposición al gobierno de Yrigoyen se basan en diferentes factores, dependiendo de cada sector social, ya que las medidas de gobierno afectaban de diferente forma a los diversos actores sociales, si bien en las proclamas revolucionarias y críticas hacia el radicalismo personalista parecieran homogéneas. En una breve exposición de los principales factores que conllevaban la oposición de diversos grupos podemos mencionar, en primer lugar, a los sectores de las FFAA. que temían la revancha de la oficialidad allegada al radicalismo personalista que, durante el gobierno de Alvear y por orden de A. Justo, se había tratado de proscribir. Si bien, como demuestra Potash, el radicalismo había invertido en el aparato militar y aumentado sus sueldos, el temor de ataques internos desde los militares pro-yrigoyenistas, que lograban sus ascensos por favoritismo político hacia los que no lo eran, generaba un clima de inestabilidad (Potash, 1994: 51). En otras palabras:

“Para el Ejército y su vida interna, el retorno de Yrigoyen representó el comienzo de un período de inestabilidad sin precedentes. Jamás un traspaso pacífico del poder presidencial se vio seguido por desplazamientos del personal tan amplios como los que ocurrieron entonces, o por una atmósfera de tanta incertidumbre e improvisación como la que comenzó a prevalecer en la organización militar” (Potash, 1994: 15).

Yrigoyen no solo recompensó a militares comprometidos con el yrigoyenismo, sino que modificó la antigüedad de muchos miembros de las Fuerzas Armadas, reincorporó a dados de baja por diferentes problemas, ascendió a retirados o fallecidos para favorecer el ingreso

de sus viudas, y concedió pensiones fuera de lo dispuesto por las ordenanzas y reglamentos vigentes. Nombró ministro de guerra en su primera presidencia a un civil, cuya interferencia en los asuntos militares nunca fue bien vista.

Por otra parte, debido a la difusión de ideas llegadas desde Europa, muchos intelectuales, como el caso de Leopoldo Lugones, comenzaron a virar hacia la extrema derecha. Veían un faro de luz en el fascismo de Mussolini y profirieron discursos antidemocráticos. Por lo tanto, si bien se oponen a Yrigoyen, el mismo sistema era su enemigo y querían derribarlo:

“Esto da, por otra parte, la prueba más concluyente contra el sufragio universal; desde que el mayor y mejor uso de dicho instrumento, produce gobiernos cada vez peores. Efectivamente, la corrupción electoral es la que todo lo infesta. La mayoría desmiente los postulados ideológicos de su buen sentido y su honradez. El comicio la revela necia, envidiosa, concupiscente y anárquica” (Lugones, 1930: 168).

En la carta del teniente coronel Pedro Ramírez al teniente coronel Rottjer podemos leer que, en cuanto al sistema democrático:

“lo necesario, lo fundamental, es cambiar el sistema; debemos evitar la repetición del actual caos gubernativo y suprimir en lo posible el profesionalismo político. Ello requiere modificar ciertos aspectos de la vida política del país. La ley Sáenz Peña, con ser excelente, parece no ser la que mejor se adapta a una población que tiene un cuarenta por ciento de analfabetos” (*La Nación*, 13-XI-1930).

La iglesia Católica también tenía ciertas demandas frente al avance del laicismo y trató de recuperar terreno. En la década de 1920 estuvo muy ligada a la formación intelectual y política de los sectores nacionalistas. Esto lo hizo desde revistas como *Criterio* o formaciones como la Acción Católica, por lo cual muchos de sus reclamos eran complementarios al de los grupos nacionalistas. Tal como señala Rapalo (1990), la Iglesia católica argentina fomentó la difusión de una de sus vertientes, el pensamiento católico tradicionalista, como contención de los conflictos sociales y de las nuevas prácticas democráticas y socialistas, *aggiornado* con nuevos elementos como el nacionalismo.

En cuanto al interior del radicalismo, el antipersonalismo creía en el radicalismo como partido y por ello proponían que éste debía tener un programa de acción general y no ser encabezados por el poder personal de un líder único. La división dentro del radicalismo se acentuó desde la victoria de Yrigoyen frente al candidato propuesto por Alvear, Leopoldo Melo. Esta tercera presidencia del radicalismo tuvo como novedad que gran parte de los funcionarios del gobierno no pertenecían a familias de renombre o vinculados con la elite, ya que estos grupos habían pasado al “bando” de Alvear. Yrigoyen optó por ocupar los cargos con profesionales, pero éstos no contaban con el poder político ni con lazos familiares y contactos de sus antiguos funcionarios, lo cual privó de capacidad de maniobra al gobierno.

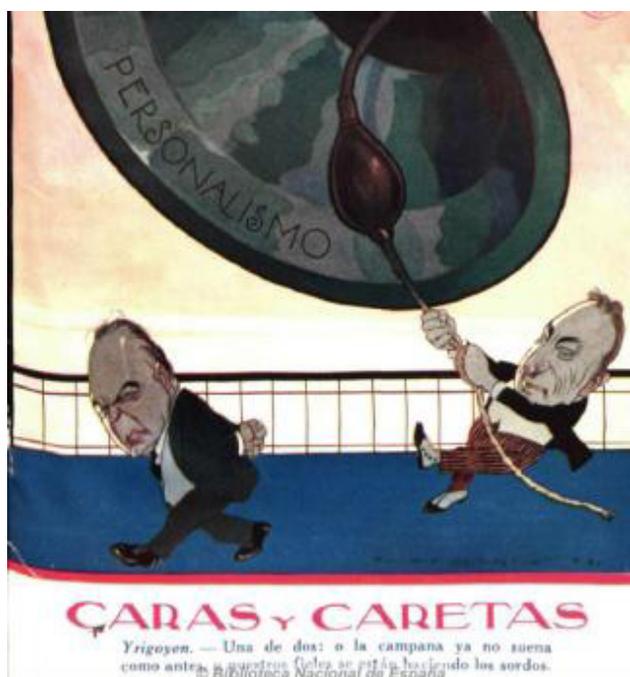


Figura 1. Yrigoyen y el personalismo.

Fuente: *Caras y Caretas*, 22-III-1930.

El radicalismo se asentaba sobre el apoyo electoral de gran parte de las clases medias y los trabajadores, a los cuales había beneficiado en gran medida por su política social, principalmente educativa y sanitaria, pero que se vieron minados debido a los efectos de la crisis

económica gestada tanto por años de malas cosechas, en contraposición con tiempos de buena productividad en Europa gracias a la puesta en marcha de nuevas tecnologías agropecuarias. La suma de estos factores fue minando el apoyo de los sectores de apoyo tradicional al radicalismo que veían mermada su calidad de vida. Si bien los sectores de menores recursos se mantenían cercanos, no lograron constituirse en un grupo de defensa efectiva de la democracia durante el posterior golpe de Estado.

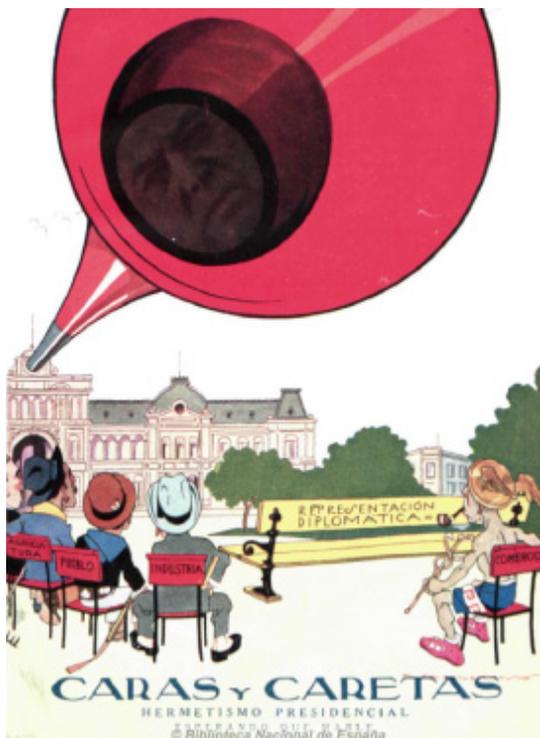


Figura 2. Hermetismo presidencial.

Fuente: *Caras y Caretas*, 3-V-1930.

En cuanto a las relaciones exteriores, Rouquié desmitifica la versión tradicional de que el golpe del 30 “tenía olor a petróleo”. No fue una acción o plan directo de Estados Unidos o de Inglaterra en defensa de sus empresas, la Standard Oil y Shell, contra la política nacionalista de Yrigoyen y principalmente del General Mosconi. Rouquié plantea que esta interpretación surge de rumores periodísticos y no de realidades, ya que el petróleo constituía un sector secundario dentro de la eco-

nomía del país y que, si bien puede enumerarse como un factor más del golpe de Estado, no puede plantearse como un elemento central (Rouquié, 1994: 210-219).

La elite y los sectores económicamente más poderosos se sentían amenazados por la legislación social del radicalismo que reducía las ganancias de los empresarios, entre la que se contaba, por ejemplo, la ley 11.544 que instauraba la jornada de ocho horas. La mayor parte del empresariado era partidario del libre comercio y, si bien el radicalismo no era proteccionista e industrialista, comienza a desarrollar políticas de nacionalización y de creciente intervención estatal. Esto se sumaba a las consecuencias de las mejoras productivas del sector primario europeo que redujo la exportación de carnes, lo cual afectó los negocios de los intereses ganaderos y de los frigoríficos que estaban en manos de los terratenientes más poderosos del país.

Por otra parte, la juventud nacionalista había comenzado a formar ligas para combatir al radicalismo en las calles, gestándose episodios de violencia entre ambos bandos que se materializaron, por ejemplo, en ataques a instituciones de la oligarquía, como el Jockey Club o el Círculo de Armas por parte de los radicales, y diversos actos de violencia criminal por parte de los nacionalistas. Además, la elite conservadora, tras no poder triunfar electoralmente, por culpa de “la chusma” y la “demagogia radical”, simplemente ansiaba volver a tomar el poder y, por ello, y pese a las diferencias ideológicas con otros sectores opositores, puso sus arsenales mediáticos contra el gobierno en pos del derrocamiento del viejo líder radical.



Figura 3. Situación política.

Fuente: Caras y Caretas, 17-XI-1928.

Por lo tanto, podemos ver que eran diversos los descontentos con el gobierno de Yrigoyen. Las críticas se fueron unificando y homogeneizando desde la prensa, la cual demonizó y creó la imagen de enemigo común en el presidente Yrigoyen. Los mensajes diferían dependiendo de la ideología de cada medio, pero, en su base, las críticas eran similares. Solo la metodología para derribar al presidente era discutida.

“Pretender, como lo pretenden algunos grupos opositores, que se haga una revuelta para permitirles ganar las elecciones, sería sencillamente un crimen. De la elección proviene el mal gobierno que sufrimos y de ella no pueden salir sino sucesivos descabros que darán cuenta de la República. Por otra parte, eso sería dividir el Ejército, que es de la Nación, en grupos facciosos correspondientes a los partidos políticos. ¡Peor el remedio que la enfermedad!” (*La Nueva República*, 28-VI-1930).



Figura 4. El peludo.

Fuente: En *Yrigoyen* de F. Luna (1999: 385-386). Dibujo de Ramón Columba.

Las críticas más comunes en la prensa al gobierno nacional giraban en torno al intervencionismo provincial, su no delegación de los asuntos de gobierno, la corrupción, la demagogia, el clientelismo y, desde la crisis de 1929, los problemas económicos y financieros por los que atravesaba el país. Desde los diarios se atacaba a Yrigoyen ridiculizándolo, principalmente a través de la famosa imagen del peludo, utilizado debido a su inactividad, y distorsionando la realidad en relación con sus allegados y aduladores.



Figura 5. Relación con la Constitución.

Fuente: *Caras y Caretas*, 19-X-1929.

El manifiesto revolucionario del 6 de septiembre de 1930 expresa:

“La inercia y la corrupción administrativa, la ausencia de justicia, la anarquía universitaria, la improvisación y el despilfarro en materia económica y financiera, el favoritismo deprimente como sistema burocrático, la politiquería como tarea primordial de gobierno, la acción destructora y denigrante en el Ejército y en la Armada, el descrédito internacional, logrado por la jactancia en el desprecio por las leyes y por las actitudes y las expresiones reveladoras de una incultura agresiva, la exaltación de lo subalterno, el abuso, el atropello, el fraude, el latrocinio y el crimen, son apenas un pálido reflejo de lo que ha tenido que soportar el país” (Uriburu, 1933: 15-18).



Figura 6. Relación con el Senado.

Fuente: *Caras y Caretas*, 29-VI-1929.

Avanzando hacia la hipótesis central, debemos mencionar que Rouquié, en su análisis del rol que jugaron las fuerzas armadas (el conjunto del Ejército y la Armada), demuestra que los militares que apo-

yaron el levantamiento del general Uriburu fueron minoritarios y se circunscribieron a pocos oficiales y cadetes del Colegio Militar. Los oficiales de mayor graduación se habrían rehusado a participar del movimiento, siendo principalmente algunos tenientes y jóvenes oficiales los que aceptaron ser parte del golpe.

“Sus efectivos ascienden a 600 cadetes y oficiales del Colegio Militar a los que se une un destacamento de la Escuela de Comunicaciones de El Palomar, alzado por el teniente coronel Pedro Rocco, que cuenta con 800 hombres de tropa. Evidentemente a ellos podemos agregar los civiles más o menos armados” (Rouquié, 1994: 197).

El día del golpe de Estado, el avance de la pequeña columna militar se efectuó casi sin enfrentamientos; solo se produjeron unos tiroteos en la Plaza Congreso donde murieron dos cadetes y hubo unos pocos civiles heridos. Los aviones que sobrevolaban el centro porteño, lejos de efectuar cualquier tipo de ataque, solo lanzaron volantes con las proclamas revolucionarias, las mismas que se venían difundiendo en los diarios de los días previos.

Junto con señalar que solo un número menor de oficiales se comprometió en el golpe de Estado, el capitán Perón nos da interesantes datos sobre la composición del grupo movilizado. A su juicio, el papel principal le correspondió al “pueblo” que, “agolpado en las puertas del palacio”, invadió dicha propiedad “a los gritos de ‘¡viva la Patria!, ‘muera el peludo’ (...), ‘se acabó!’”. Este grupo de gente tuvo el papel principal, pues “en forma de una avalancha humana se desbordó en las calles al grito de ‘¡viva la revolución!, que tomó la Casa de Gobierno, que decidió a las tropas en favor del movimiento y cooperó en todas formas a decidir una victoria que de otro modo hubiera sido demasiado costosa sino imposible” (Perón, 1963: 34-37).

A la luz de esta narración, podemos señalar que el golpe lo efectuaron más los civiles que el aparato militar, tanto por su inactividad para defender la democracia como por su apoyo al levantamiento. ¿Cómo se pudo modificar el pensamiento colectivo, tanto el militar, que hasta ese entonces hacía gala de su profesionalidad y patriotismo, como el de los civiles, que clamaban por la democracia desde antes de la Ley Sáenz Peña? Justamente fue posible gracias a la unificación de demandas de diversos sectores de la sociedad a través de la prensa.

Obviamente, el objetivo no era dar representación de las heterogéneas y dispares demandas de la sociedad, sino buscar unificarlas identificando como culpable al gobierno, el enemigo común, para derrocarlo. A nuestro juicio, la prensa logró condensar las numerosas demandas particulares de cada sector social en un propósito común.

Volviendo a LaClau, debemos mencionar que primero nos encontramos con una sumatoria de demandas sociales, democráticas y aisladas que se comienzan a acumular. Al no obtener respuesta o solución alguna, en este caso, desde el gobierno, se conforman en demandas heterogéneas, las cuales hacen que el gobierno pierda el foco o el origen desde el que atacar los problemas, produciéndose una división social entre los grupos descontentos y el gobierno con sus partidarios. De aquí surge un nombre, un “significante vacío”, que con un discurso aglutinador, en este caso extendido y apoyado desde los medios de comunicación, logra posicionarse como la supuesta solución a las demandas populares. Esto explica la creación del “mito de Uriburu”. En palabras de Ibaguren:

“En medio de ese ambiente sacudido y turbio, en que no había una fuerza cívica ni social orgánica que sirviera de apoyo firme a la Nación, y solamente grupos desconcentrados sin rumbo ni cauce, faltaba un hombre de acción, de gran valor y de empuje que galvanizara al país anarquizado y lo condujera a un levantamiento que pudiera transformarlo. Ese hombre surgió: fue el teniente general José Félix Uriburu (...).

La impresión que infundía el general Uriburu era la de un espíritu enérgico, firme, rectilíneo y valiente, todo lo cual percibíase al primer golpe de vista con sólo contemplar su físico, su porte, su aplomo militar. Su trato llano, franco, seducía desde el primer momento: hablaba con precisión expresando su pensamiento en tono decidido, en forma clara y terminante. Los que lo trataban veían el fondo de su alma abierta, pura, que trascendía caballerosidad y nobleza. Esas preciosas cualidades morales reconocidas por todos y enaltecidas por la rectitud de su ánimo y de su conducta, cualquiera que fuese la situación o las circunstancias en que se hallare, le daban unánime prestigio y provocaban en sus compañeros de armas y en sus subordinados no sólo alto respeto, sino también profunda simpatía y adhesión a su persona” (Ibaguren, 1955: 380-381).

Se produce así la conformación de un “pueblo” asociado con esas demandas populares y que, como mencionábamos, se distingue de la “*plebs*”, que podríamos asociar a los bajos fondos o al pueblo desde una concepción clasista o socioeconómica y no desde sus demandas.

Debemos destacar, además, que obviamente no todos los medios de comunicación participaron de esa escalada virulenta y golpista contra el gobierno. Los diarios, revistas y medios afines al personalismo no lo hicieron, pero un amplio sector de la prensa, algunos de ellos con ideologías contrapuestas, logró homogeneizar las diversas demandas de la sociedad en pos del objetivo del derrocamiento.

La prensa de vanguardia en esta operación era propiedad o respondía principalmente a los intereses de la élite conservadora, que se había visto alejada de los mandatos presidenciales desde 1916. Ante la imposibilidad de retornar al poder desde las urnas, se ideó esta estrategia de prensa que fue muy eficaz, ya que logró poner a gran parte de la población contra un gobierno popular. El 9 de enero de 1931 la Asamblea General de Delegados del Partido Conservador declaraba:

“Expresar su solidaridad con la revolución del 6 de septiembre pasado, con los actos que la precedieron, con la instalación del Gobierno Provisional, presidido por el teniente general don José F. Uriburu y con la obra realizada por este para sanear moral y materialmente al país, asolado por gobiernos que corrompieron la política, la administración, la economía, las finanzas y la justicia” (Halperín Donghi, 2004: 27).

Agradecía el mismo coronel Sarobe a la prensa:

“El gobierno provisorio interpreta el sentimiento unánime de la masa de opinión que le acompaña al agradecer en esta emergencia a la prensa seria del país, el servicio que ha prestado a la causa de la República, al mantener latente por una propaganda patriótica y bien inspirada el espíritu cívico de la Nación y provocar la reacción popular contra los desmanes de sus gobernantes” (Halperin Donghi, 2004: 5).

El escritor Manuel Gálvez nos mencionaba respecto de la prensa, principalmente sobre el *Diario Crítica*:

“*Crítica* y otros diarios predicán a cara descubierta la revuelta. Se organizan legiones. En *Crítica* se incuba una de las direcciones de la revolución civil. Cuando después de los sucesos de septiembre *Crítica* afirma que la revolución ‘se gestó’ en su casa, dirá la verdad. Con sus trescientos mil ejemplares diarios, sus títulos sensacionales, sus verdades y sus mentiras, su animación, su colorido, constituye una fuerza formidable. Cada día hace varios millares de revolucionarios” (Gálvez, 1939: 431).

Posteriormente, nos menciona, además, cómo estaban compuestas esas “legiones” civiles que concurrieron en apoyo del golpe:

“En cada casa hay uno o dos revolucionarios, a veces de diecisiete y aun dieciséis años. Mientras el padre permanece a la expectativa, los muchachos se embarcan en la aventura. Ellos poco o nada saben de exacto sobre el gobierno de Yrigoyen. Lo odian con un odio de clase, aunque no se den cuenta. No quieren echarlo abajo por interés personal, sino por patriotismo, por ‘decencia’ Están convencidos de que, empezando por Yrigoyen, los radicales son ladrones y no se bañan (...) Pues ellos, lectores de los periódicos revolucionarios, creen que la patria está en peligro” (Gálvez, 1939: 432).

Claro está que el posterior gobierno de Uriburu, si bien poseía una ideología de tipo corporativista y en varias cuestiones podríamos entenderla como fascista, al desconfiar de los sectores populares y de parte de las Fuerzas Armadas, no logra dar solución a esas demandas. Lógicamente, esto rompe los lazos de equivalencias de los grupos heterogéneos, lo cual va a precipitar la caída de su gobierno luego de un intento de salida democrática tras las elecciones para la gobernación de Buenos Aires en abril de 1931, que dan por ganadores nuevamente a los radicales. Con posterioridad a esa derrota se proscribe a la Unión Cívica Radical, y se entablará nuevamente un sistema fraudulento que se mantendrá en el poder no desde la lógica populista sino desde la coerción y el fraude electoral.

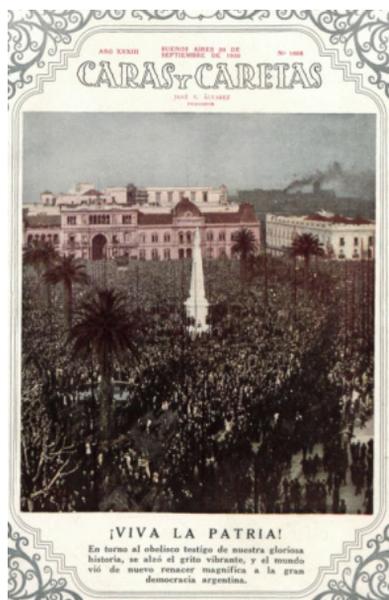


Figura 7. ¡Viva la Patria!

Fuente: *Caras y Caretas*, 20-IX-1930.

Consideraciones finales

Desde la sanción de la Ley Sáenz Peña los conservadores se habían encontrado alejados del ejercicio del poder, por lo menos desde el mandato presidencial, por ello comenzaron las discusiones acerca de cómo recuperar el poder. De allí surgen las dos estrategias, la del general Agustín P. Justo, “más legalista”, que consistía en debilitar el apoyo al gobierno y derrotarlo en elecciones, y la del general Uriburu, que proponía dar un golpe de Estado. En ambos casos se pretendía utilizar a los medios de comunicación para atacar y debilitar al gobierno. Dichos medios eran, en gran parte, propiedad de conservadores o individuos afines que, si bien diferían de la postura “legalista” o de la “hora de la espada”, coincidían en quitar al personalismo del poder.

Como vimos, desde la teoría de Ernesto LaClau, expuesta en *La Razón Populista*, nos encontramos con la sumatoria de demandas aisladas de la sociedad que, tras la lentitud o incapacidad del gobierno para solucionarlas, se transforman en heterogéneas y comienza a darse una división o frontera social.

Cabe mencionar que la Argentina se encontraba en un contexto de crisis internacional que dificultaba la velocidad de respuesta esperada por parte de la sociedad, situación que los medios de comunicación aprovecharon para exaltar y exagerar estos descontentos, logrando transformar esas demandas heterogéneas en equivalentes y encontrando así un “significante vacío” (Uriburu) y un mal o fuente común de los problemas (Yrigoyen). Debido a ello, se dio la creación de “un pueblo” que respondía o encontraba en ese significante la supuesta respuesta a sus demandas. Esta es una de las razones que explica por qué el pueblo dio la espalda a un gobierno popular que dos años antes había triunfado en las elecciones con más del sesenta por ciento de los votos.

El golpe de Estado, encabezado por Uriburu, estuvo muy mal planificado y no tuvo el total apoyo de las FF.AA. que respondían en su mayoría al liderazgo del general Agustín P. Justo, por ello contaba solamente con algunos oficiales y cadetes del Colegio Militar. Como nos menciona Perón, quien luego se arrepentiría de su participación en el golpe, la “Revolución” había sido salvada por el pueblo de Buenos Aires que acudió en apoyo del derrocamiento de Yrigoyen al grito de “¡Viva la Patria!”, el título de la canción de Gardel que exaltó las virtudes de dicho golpe de Estado. Por lo tanto, la operación mediática fue muy eficaz para tornar contra el gobierno popular a gran parte de la población. Sin el apoyo de ésta, el golpe de Estado nunca se habría podido ejecutar debido al casi nulo componente militar y a su mala organización.

El primer golpe de Estado de la historia argentina fue más civil que militar, pero dicho apoyo popular se debió en gran medida a una estrategia mediática que supo aprovechar muy eficazmente los descontentos, en un contexto de crisis, para volcarlos contra el gobierno.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

a) Periódicos y revistas

La Nueva República, Buenos Aires, 28-VI-1930.

Diario Crítica, Buenos Aires, 18-VII-1930.

La Nación, Buenos Aires, 13-XI-1930.

Revista Caras y Caretas, Buenos Aires, 1928-1931.

Fuentes secundarias

a) Artículos y capítulos de libros

González Alamán, M. (2007). “Le 6 septembre 1930 en Argentine: un Coup d’Etat investi de révolutions”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, conferencia, 18 de mayo. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/5385>, revisado el 2-XI-2021.

Halperín Donghi, T. (2003). “La moraleja de la revolución de 1930”, en *Revista el Areópago*, 16 de octubre, N° 1, p. 5.

Irazusta, J. (2004). “La Constitución no es democrática”, en T. M. Inés, *Vientos de Fronda*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LaClau, E. (2005). “Entrevista”, en *Cuadernos del CENDES*. Vol. 22, N° 58.

Rapalo, M. E. (1990). “La Iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista *Criterio*, 1928-1931”, en *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, N° 5, pp. 51-69.

Rosa, J. M. (1976). “El radicalismo (1916-1930)”, en R. J. María y J. M. Rosa, *Historia Argentina*. Buenos Aires: Oriente.

Tato, M. I. (2001). “Crónica de un desencanto: una mirada conservadora de la política, 1911-1930”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Vol. 20, N° 1. Argentina: Santa Fe, pp. 143-163.

b) Libros

Adamosky, E. (2012). *Historia de las clases populares en Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Ansaldi, W. (1982). *Reflexiones Históricas sobre la debilidad de la democracia argentina 1880-1930*. Buenos Aires: Biblios.

Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y Peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1925)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Chomsky, N. (1992). *Ilusiones necesarias. Control del pensamiento en las sociedades democráticas*. Madrid: Libertarias.

Chomsky, N. (1995). *Lo libertario está vivo*. Madrid: Movimiento Cultural Cristiano.

- Chomsky, N. y E. Herman (1990). *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Ciria, A. (1975). *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Finchelstein, F. (2002). *Fascismo, liturgia e imaginario: el mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Buenos Aires: FCE.
- Gálvez, M. (1939). *Vida de Hipólito Yrigoyen: el hombre del misterio*. Buenos Aires: Kraft.
- Halperín Donghi, T. (2004). *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Emecé.
- Horowitz, J. (2015). *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ibarguren, F. (1955). *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Peuser.
- LaClau, E. (2014). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lugones, L. (1930). *La Grande Argentina*. Buenos Aires: Babel.
- Luna, F. (1992). *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Hispamérica.
- Luna, F. (1999). *Yrigoyen*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Perón, J. D. (1963). *Tres revoluciones militares*. Buenos Aires: Escorpión.
- Potash, R. (1994). *El ejército y la política en la Argentina (1928-1945): de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Privitellio, L. (1997). *Agustín P. Justo: las armas en la política*. Buenos Aires: FCE.
- Rock, D. (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel.
- Romero, J. L. (2007). *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: FCE.
- Rouquié, A. (1994). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emece.
- Saitta, S. (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarobe, J. M. (1957). *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*. Buenos Aires: Gure.
- Uriburu, J. F. (1933). *La palabra del general Uriburu*. Buenos Aires: Rol-dán Ed.